

# MEMORIAS DE UN OLIVO

Dicen, que una vez hubo un olivo milenario, que echó raíces en un lugar que no recuerdo muy bien.

Que caiga muerto si miento, cuando digo que estaba en la cima de una bonita colina, desde la que se veían los alrededores.

A aquel olivo, no había ni árbol ni edificio que le hiciera sombra, pero estaba solo, no había ningún árbol con el que hablar para entretenerse, y el olivo, lo único que podía hacer era observar.

Cuando su tronco apenas tenía unos centímetros de grosor, vivió algo de lo que por poco salió vivo.

## §

A lo largo de su vida, el olivo vio cientos de batallas, pero si le preguntas cuál es la más sangrienta de todas, no dudará a la hora de responder.

Era invierno, sí, eso seguro, uno especialmente frío y poco lluvioso.

Era un día normal, hasta que se oyó a miles de hombres que marchaban, bum, bum, bum, bum. El suelo temblaba cada vez que todos ellos daban un paso al unísono.

Romanos, sí, lo había escuchado en las voces que traía el viento. Al parecer, eran un grupo de humanos que estaban conquistando todo el mundo conocido.

Los romanos se pararon, y el olivo se extrañó, pero salió de dudas al ver que otro ejército de mil hombres se acercaba por el lado contrario.

También se quedaron quietos, a una distancia considerable de los romanos.

Alguien gritó una orden, y ambos bandos corrieron a encontrarse.

Aquello era un infierno, un infierno de armas y sangre.

Todo tipo de objetos volaban por los aires, cabezas, sangre, lanzas, flechas, gritos de dolor, de victoria, de pena, de muerte.

Y así continuó hasta que acabó la batalla.

Pero cuando acabó, aquello fue incluso peor. El silencio.

En sus décadas de vida, el olivo nunca había vivido tal silencio.

Normalmente, el viento traía risas y cánticos de una aldea cercana, pero ahora, nada.

## §

Dicen, que el olivo vio a lo largo de su centenaria vida, varias historias de amor, unas con final feliz, y otras no tanto.

Hubo una vez, en la que dos amigos frecuentaban todas las tardes la colina donde habitaba el olivo. Ella, tenía el pelo marrón y largo, hasta la cintura, y los ojos color miel.

Él tenía el pelo corto, negro, y unos ojos negros también.

El olivo tonto no era, estaba clarísimo que el chico estaba prendado de ella, y ella de él. Cinco años estuvieron cortejandose como unos tontos, hasta que él decidió armarse de valor una tarde de verano.

Ella sonrió, él le cogió en brazos, la abrazó, y ambos siguieron yendo todos los días, hiciera el tiempo que hiciera, a sentarse en aquella colina.

Hubo un momento, en el que ya no eran dos, sino tres, cuatro, cinco... el número fue creciendo con el tiempo...

Y hubo un momento en el que ella dejó de ir, y él acudía solo a la colina donde vivía nuestro árbol, se sentaba, y hablaba - tal vez a la nada, tal vez al árbol- como si ella estuviera allí

## §

Pero el árbol, en sus miles años de vida, vio algo más que alegrías.

Una vez, hubo una noche sin estrellas ni luna, en la que acudió un infeliz con una soga a nuestro olivo.

## §

Una vez, el olivo fue testigo de una deuda sin solventar.

Era de madrugada, bien entrada la noche. La Luna ya estaba comenzando a bajar, para dar paso al Sol de la mañana.

Fue simple.

Dos hombres acudieron a la colina, uno era joven, casi un niño, y el otro era claramente un rufián bien borracho al que la deuda no le importaba, solo quería sangre y diversión.

Hablaron algo que el olivo no fue capaz de escuchar, ya que susurraban, y ambos se dieron la espalda, y comenzaron a andar en direcciones opuestas.

Cuando el muchacho joven pasó junto al olivo, este vio que estaba temblando, muerto de miedo.

Un paso, dos, tres, cuatro, así hasta diez. El muchacho estaba a unos metros del olivo, y el otro, a veinte pasos de él.

Bum.

Ambos dispararon. Ninguno dio en el blanco.

Bum.

Volvieron a disparar. Otra vez, ninguno de ellos acertó.

Bum.

Dicen que a la tercera va la vencida.

El muchacho cayó al suelo, derribado por la bala. El rufián se fue de ahí rápidamente, dejando al olivo solo con el muchacho. Entonces, llegó una muchacha, de la misma edad, corriendo, gritando:

-!Blake! - la muchacha corría hacia el cuerpo, cuando llegó a él, dijo- Blake - no fue un grito de búsqueda desesperado, sino un sollozo, un lamento.

-Genya- dijo el chico, con la respiración entrecortada-, no... no te... vayas...

-Por supuesto que no me iré, pero, tú tampoco- dijo ella, llorando como nunca.

- Te... quiero, Genya.

La chica no pudo decir nada. Le abrazó con fuerza, como si eso fuera a mantenerlo con vida. Hubo un momento en el que el chico dejó de respirar, un momento en el que su pecho dejó de subir y bajar, un momento en el que el corazón le dejó de palpar.

Aún así, ella le abrazó, con la misma fuerza, susurrando, como una plegaria:

-No te vayas, no te vayas, no te vayas...

Las estrellas y la Luna brillaron como nunca, llorando la muerte del joven, e iluminando a los dos cuerpos, entrelazados en la penumbra.

Y la noche se los tragó.

## §

Pero nuestra historia no acaba así.

Un día, el viento trajo semillas de un olivo cercano, las cuales se implantaron en la tierra, y un finísimo tallo comenzó a crecer.

Pasaron unos 100 años, y el pequeño olivo ya tenía un tamaño considerable, ya no era un niño.

Y nuestro olivo se hizo buen amigo de él.

Ya no estaba solo.

Por las tardes, nuestro olivo le contaba al pequeño historias, las historias que he dicho antes, y mil más, y si la historia era muy larga, proseguían hasta la medianoche, y más, si hacía falta.

Y así, por las mañanas, cada uno hacía lo que quería - teniendo en cuenta las limitaciones que tiene un árbol-, y por las tardes, el nuestro olivo le contaba al pequeño árbol todas sus historias vividas.

## §

Llegó el día, en el que nuestro olivo se quedó sin historias que contar, y fue entonces cuando comprendió que su momento había llegado.

Se despidió de el pequeño olivo, y le dijo, que a pesar de que vendrían años de soledad, que no desesperase, que tarde o temprano llegaría un olivo más para que este pudiera contarle sus vivencias. También le dio las gracias por las infinitas horas que le había acompañado.

Le dio también las gracias al sol, al cielo y a la luna, y aquí acaba la historia del olivo.

## §

Dicen que el olivo más joven - el acompañante de los últimos siglos de vida del nuestro - vio muchas historias, y que tras siglos de soledad, creció otro olivo junto a él. Y, todas las tardes, el viejo le contaba al joven siglos y siglos de vivencias.

Dicen que así fue con diferentes generaciones de olivos, y que, si algún día quieres encontrar el lugar donde vivió nuestro olivo, solo tienes que buscar una colina, donde cerca, antes hubiera una aldea, y en la cima de la colina, dos olivos, que se quedaban en vela todas las noches, uno escuchando historias y otro contándolas.

PSEUDÓNIMO: RHYSSAND